

ROBERTO BREÑA, *El imperio de las circunstancias. Las independencias hispanoamericanas y la revolución liberal española*, Madrid, México, Marcial Pons, El Colegio de México, 2012, 322 pp. ISBN 9788492820757

Las conmemoraciones históricas son, a pesar de su componente arbitrario e irracional, particularmente proclives a los *revival* historiográficos. La agenda de los historiadores parece a menudo definida más por centenarios, sesquicentenarios, bicentenarios y “arios” de todo tipo que por proyectos de investigación desarrollados a partir de una evaluación de la importancia real de los hechos históricos y de los problemas historiográficos que plantean. Inevitable tributo a las necesidades de carreras académicas en las que siempre es más fácil conseguir apoyos y reconocimiento navegando con el viento a favor de los fastos conmemorativos.

En principio *El imperio de las circunstancias* formaría parte de este tipo de literatura conmemorativa, y por partida doble. Un libro nacido al calor de las celebraciones de 2010, bicentenario de las independencias o supuestas independencias de al menos media docena de naciones hispanoamericanas, y 2012, doscientos aniversario de la también supuesta primera constitución liberal española, la Constitución de Cádiz que no fue española sino hispánica. Y nacido, además, con la declarada voluntad de hacer un corte de caja historiográfico de lo que ambas efemérides dejaron. Sería, sin embargo, extremadamente injusto, tanto para el autor como para la historiografía analizada en él, reducir este breve pero ambicioso libro a uno más de los centenares de monografías, libros colectivos, artículos y publicaciones varias que vieron la luz entre 1810 y 1812 con motivo, y gracias a, de las conmemoraciones bicentennarias.

Para el autor, porque mucho antes del furor conmemorativo estaba ya embarcado en un difícil y casi siempre poco reconocido trabajo de recopilación y discusión historiográfica sobre el

nacimiento de la modernidad política en el Atlántico hispánico. Poco reconocido, entre otros motivos, porque en esta especie de deriva neopositivista en la que ha entrado la disciplina histórica lo importante parece ser cada vez más recopilar datos que discutir ideas, y el trabajo historiográfico tiene necesariamente mucho más de lo segundo que de lo primero. A pesar de las diferencias de formato, tono, extensión y hasta de enfoque discursivo *El imperio de las circunstancias* es en gran parte continuación de *El primer liberalismo español y los procesos de emancipación de América (1808-1824)*, subtulado de manera muy precisa *Una revisión historiográfica del liberalismo hispánico*. Libro publicado en 2006 y que obviamente debió de ser comenzado a escribir muchos antes de que los profesionales de la escritura conmemorativa hubieran ni siquiera pensado que en 2010 había que escribir sobre las independencias y en 2012 sobre el liberalismo hispánico. Responde por lo tanto a una agenda investigadora propia en la que el autor lleva años trabajando al margen de arbitrarias coincidencias cronológicas.

Injusto también para la historiografía analizada ya que buena parte de ella, si no toda, poco tiene que ver con las pulsiones conmemorativas y mucho con una revolución historiográfica que ha cambiando de manera radical lo que sabíamos o creíamos saber respecto al nacimiento de la modernidad política en los que fueron territorios de la monarquía católica a uno y otro lado del Atlántico. Una revolución historiográfica iniciada mucho antes de las conmemoraciones bicentenarias, en la que estamos todavía inmersos y cuyas consecuencias, mayores de las que muchos historiadores están dispuestos a aceptar y posiblemente ni siquiera a imaginar, no afectan sólo al restringido campo de las independencias hispanoamericana o la Constitución de Cádiz sino a la historia política en su conjunto. Y en este sentido comparto la idea de Breña de poner en el origen de esta revolución la obra de François-Xavier Guerra. No por la lucidez de sus análisis concretos, en algu-

nos casos más que discutibles, sino por lo que supuso de cambio de mirada. Cambio de mirada que explicaría los ataques de los que ha sido objeto por parte de autores provenientes en su mayoría del campo de la historia social, que posiblemente lo que no han entendido, o no han querido entender, es que lo que Guerra cuestionó no fue una interpretación sino un paradigma, una forma de hacer historia en la que lo político aparecía como un derivado de lo social.

Estamos, por lo tanto, no ante un libro conmemorativo sino ante un texto ambicioso cuyo objetivo es hacer una especie de corte de caja sobre lo que esta revolución historiográfica ha dejado hasta el momento; también sobre los frentes todavía abiertos, pero sobre esto volveré más adelante. Por si esto no fuese reto suficiente el texto se quiere dirigido no a un público académico sino a otro más amplio, dentro de lo que podríamos llamar “alta divulgación”. Un objetivo loable, pues estoy convencido de que uno de los problemas centrales de nuestra disciplina es el abismo existente entre lo que los historiadores sabemos o creemos saber y lo que el resto de la población “sabe” sobre el pasado. Y no me refiero a un indefinido lector medio sino al conjunto de las élites políticas, económicas e intelectuales, cuyo punto de referencia básico sigue siendo la historia más tradicional, en ningún caso la que los historiadores contemporáneos hacemos. La triste paradoja de que nunca haya habido más historiadores profesionales, pero posiblemente también de que nunca desde el nacimiento de la historia como disciplina académica su eco social haya sido más irrelevante.

La apuesta de Breña resulta desde este punto de vista loable pero también extremadamente difícil. No es fácil compaginar la voluntad de difusión, de “alta divulgación” como dice él mismo en algún momento de su libro, con la de participar en un debate historiográfico todavía en gran parte abierto. Objetivo este último que tampoco abandona, su corte de caja es todo menos aséptico y a lo largo del libro opina, califica y polemiza tanto o más que describe.

El dilema de este doble propósito de divulgación y participación en el debate historiográfico lo resuelve, o intenta resolver, con una primera parte, capítulos 1 al 5, de carácter más descriptivo, en la que predomina la voluntad de divulgación histórica. El hilo conductor son los hechos y los pensamientos de los grandes personajes de la gesta independentista, con capítulos dedicados, en este orden, a Miranda, a Bolívar, a “otros actores” sudamericanos y a la Nueva España, de Hidalgo a Mier. Revisión ágil y precisa de lo más relevante escrito en estos últimos años sobre los grandes héroes de la independencia, mucho pero de calidad variable. Es la parte menos interesante desde la perspectiva de un historiador pero no desde la del público en general.

El hilo conductor son los escritos de los grandes próceres de las independencias, algunos, caso de Miranda, bastante verborreicos, con una clara voluntad de no separar lo que escribieron de lo que hicieron. Se podría objetar que la importancia de estos personajes está mucho más en sus acciones que en sus textos y que, aunque resulte difícil liberarse de una tradición, hagiográfica más que historiográfica, que ha hecho de cada padre de la patria una especie de genio proteico por cuyos escritos fluye el genio de la historia, de la nación y hasta de la humanidad en su conjunto, ninguno de ellos fue un gran pensador. Más hombres de acción que de estudio fueron importantes por lo que hicieron y no por lo que pensaron. La vida de Miranda resulta fascinante por una peripecia vital que lo llevó desde Venezuela a Rusia y desde las guerras de la revolución francesa a las de independencias hispanoamericanas, no por la profundidad ni la influencia de su pensamiento, bastante banal por mucho adjetivo de “precursor” con que dos siglos de hagiografía nacionalista le hayan engalanado. Algo parecido se podría afirmar respecto a la mayoría de los personajes que desfilan por el libro, por supuesto con diferencias entre unos y otros. Pero incluso esta objeción habría que matizarla en un doble sentido, por un lado, el autor intenta siempre no separar lo que hicieron

de lo que escribieron; y por otro, tampoco parece mala idea tomar como núcleo explicativo sus escritos más que sus hazañas, al margen de su mayor o menor profundidad como pensadores.

Carácter mucho más de debate historiográfico, y por lo tanto más interesantes para un historiador, lo que no quiere decir mejores ni peores, tienen los tres últimos capítulos, 6, 7 y 8, dedicados respectivamente a Cádiz y lo que el autor llama “la cuestión del liberalismo”, al debate atlántico y a los bicentenarios y las revoluciones atlánticas. A ellos habría que añadir un apéndice bibliográfico final que va mucho más allá de la simple recopilación de obras y autores que el título hace suponer. Se trata, por el contrario, de un interesante y pormenorizado análisis de las que el autor considera las obras más relevantes publicadas estos últimos años en torno a las independencias y las revoluciones hispánicas y que cabría incluir como un capítulo más del libro.

El capítulo 6, “Una ‘locura sublime’ (Cádiz, 1812) y la cuestión del liberalismo”, retoma algunos de los argumentos ya desarrollados, con mayor detenimiento, en *El primer liberalismo español y los procesos de emancipación en América, 1808-1824*, con una diferencia de enfoque importante. Mientras en el libro de 2006 el problema era visto casi exclusivamente desde la perspectiva europea de la Monarquía, en éste lo es básicamente desde la americana, lo que por supuesto introduce matices relevantes. Añade, además, un interesante debate con Rafael Rojas a propósito de la diferenciación republicanismo/liberalismo que éste hace en *Las repúblicas del aire* y que Breña no comparte. Debate no cerrado, de una más que obvia importancia histórica, y que sería necesario retomar.

El capítulo 7, “Las revoluciones hispánicas y el enfoque atlántico”, responde a una vieja obsesión de Breña que, simplificando, giraría en torno a las ventajas e inconvenientes de incluir o no las revoluciones hispánicas dentro de lo que la historiografía conoce como “las revoluciones atlánticas”. Puede parecer un asunto baladí pero lo es menos de lo que aparenta. La primera impresión

es que lo que le molesta al autor es el carácter marginal que en los estudios sobre las revoluciones atlánticas ocupan las hispánicas. Marginalidad obvia, sólo hay que consultar algunas de las obras generales sobre el tema publicadas en los últimos años, pero en el fondo bastante irrelevante. Sólo la consecuencia lógica de la marginalidad del español como lengua científica y, causa y consecuencia a la vez, de la del mundo académico de los distintos países de habla española con respecto a los focos de generación de conocimiento. Las revoluciones hispánicas ocupan el mismo lugar marginal que la historiografía escrita en español ocupa respecto a la publicada en lenguas reconocidas como de comunicación científica.

Hay, sin embargo, un problema de fondo más importante. Sobre que las revoluciones hispánicas forman parte de pleno derecho del gran ciclo revolucionario atlántico no creo que haya mucho que discutir; tampoco sobre su importancia cualitativa y cuantitativa. Sí los libros generales sobre el tema apenas le dedican espacio es un problema de miopía mental de quien los escribe, no del hecho histórico; menos todavía sobre que tienen sus propias peculiaridades. Los tipos ideales, en el sentido weberiano del término, son sólo esos tipos que permiten comprender mejor la realidad pero por definición no son la realidad, siempre más rica y compleja que las abstracciones que nos permiten comprenderla. El problema sería si alguna de estas peculiaridades resulta tan determinante que cambie por completo el fondo del problema, y pienso en concreto en una de ellas, la de la desaparición del sujeto político. El resultado de las revoluciones hispánicas fue, como en el resto de las atlánticas, el fin del Antiguo Régimen; pero también, igual de visible y no menos importante, la desaparición de una estructura imperial y su sustitución por algo menos de una veintena de nuevos estados-nación, incluida la propia España. La cuestión sería si lo que marcó la agenda política fue lo primero, la revolución, o lo segundo, la desintegración imperial. No se trata de una pregunta retórica. Una de las características de las crisis de los sistemas imperiales es, tal co-

mo afirma Antonio Annino, que nadie consigue erigirse en heredero de la antigua legitimidad, por lo que la definición de nuevos sujetos políticos se convierte en el centro del conflicto político, no la definición ideológica. En el caso concreto del mundo hispánico el resultado fue tanto una revolución como la desintegración de un sistema imperial. El hilo que unió desde muy pronto muchos de los conflictos desatados en los territorios de lo que había sido la antigua Monarquía no fue el del mantenimiento o no del Antiguo Régimen sino el de la definición del *demos* sujeto de soberanía, en Cádiz y en otros muchos rincones del imperio. Por eso resulta tan difícil ubicar ideológicamente a los protagonistas de las revoluciones hispánicas. La línea de fractura no fue, o en todo caso no la única y ni siquiera la principal, revolución o contrarrevolución, sino el mantenimiento o no de la antigua unidad política como imperio, como nación constitucional o como conglomerado de reinos.

El último capítulo, el 8, titulado “Los bicentenarios y las revoluciones hispánicas”, se limita a una especie de breve reflexión final sobre “las celebraciones políticas de los bicentenarios *vis-à-vis* las conmemoraciones académicas” y las “repercusiones historiográficas” de los bicentenarios, palabras del propio autor. Temas ambos de una más que obvia relevancia y sobre los que la única objeción que cabría, quizás, es que merecían más espacio del que se les dedica. También es cierto que en el caso del segundo, el de las repercusiones historiográficas, este poco espacio es ampliamente compensado por el magnífico apéndice bibliográfico al que se ha hecho referencia más arriba.

Un magnífico libro, en resumen, para hacerse una idea de lo que, desde una perspectiva historiográfica, nos han dejado los bicentenarios. El saldo no es malo y abre muchos y sugerentes caminos para nuevas investigaciones.

Tomás Pérez Vejo

*Escuela Nacional de Antropología e Historia-INAH*